

## EVANGELIO APOCRIFO DEL PSEUDO-MATEO, 4 y 6 (Del siglo VI d.C.) INFANCIA DE LA VIRGEN MARÍA

En el siglo II de nuestra era, comenzaron a circular en algunas comunidades cristianas ciertos relatos que se presentaban con el nombre de "evangelios", pero que la Iglesia no los aceptó como canónicos, pues en ellos no se reflejaba convenientemente la fe de la comunidad. Se les llama "apócrifos", es decir "secretos" o no aceptados por la Iglesia como inspirados. Son relatos más bien fantásticos en los que lo maravilloso aparece revestido de un gusto más que dudoso. Por ejemplo, los nombres de los padres de la Virgen María no están en la Biblia sino en un antiguo evangelio apócrifo. Veamos el texto.

Cumplidos nueve meses, Ana dio a luz a una hija y la llamó María. El tercer año, después de haberla destetado, Joaquín y ella fueron al templo del Señor, y, después de haber ofrecido al Señor víctimas, presentaron a su hija María para que habitase entre las vírgenes que, día y noche, alaban al Señor sin cesar.

Cuando llegaron al templo del Señor, María subió corriendo los quince peldaños de la escalera, sin volverse para mirar atrás y sin llamar a sus padres, como hacen generalmente los niños pequeños. Esta actitud llamó poderosamente la atención de todos los que allí estaban, hasta tal punto que los sacerdotes del templo quedaron asombrados.

Pero, además, María era causa de admiración de todo el pueblo. Teniendo sino tres años, su andar era tan firme, su locución tan perfecta, y se dedicaba tan de lleno a la alabanza de Dios, que nadie hubiera creído que tenía su edad, sino que todos pensaban que era mucho mayor. Sus oraciones eran tan largas como las de treinta años. Su rostro resplandecía como la nieve; casi no se le podía ni mirar. Se dedicaba con esmero a hilar lana y, a pesar de sus pocos años, conseguía lo que las mujeres de edad no llegaban a hacer.

Esta era su regla de vida. Por la mañana, a la hora tercera, se dedicaba a sus oraciones; entre la

tercera y la novena horas, se dedicaba a tejer; a partir de la novena hora, volvía otra vez a sus rezos y así continuaba hasta que se le aparecía el ángel del Señor; tomaba de su mano el alimento, pudiendo profundizar cada vez más y mejor en las alabanzas del Señor.

Finalmente, con sus mayores, las otras vírgenes, se instruía tan perfectamente en las alabanzas del Señor que ninguna estaba tan atenta a las vigiliadas, tan instruida en el conocimiento de la ley divina, tan llena de humildad, tan encantadora cantando los salmos de David, tan graciosa en la caridad, tan pura en la castidad y tan exquisita en el ejercicio de todas las demás virtudes: era perfecta, incommovible, perseverante, y progresaba cada día en el bien.

Nadie le vio jamás encolerizada, nadie le oyó jamás murmurar. Todas sus palabras estaban tan llenas de gracia que se reconocía a Dios en sus labios. Siempre estaba rezando, escudriñando la ley. Constantemente preocupada por sus compañeras, para que ninguna de ellas pecase, aunque sólo fuera con una palabra, para que ninguna exagerase en el reino en la diversión, para que ninguna de ellas

desdeñase o despreciase a otra. Bendecía a Dios sin cesar y para no tener que ser interrumpida cuando estaba alabando a Dios, si tenía que saludar a alguien o alguien la saludaba, respondía a guisa de saludo: Deo gratias. De ahí precisamente viene la costumbre que existe hoy entre los hombres de saludarse mutuamente con esta expresión: Deo gratias.

No tomaba otro alimento diario que el que recibía de mano del ángel; el alimento que le daban los sacerdotes lo distribuía entre los pobres. Muchas veces solían verse ángeles conversando con ella y le obedecían con gran ternura. Si alguien que estaba enfermo la tocaba, enseguida volvía a su casa curada.

